HUASOS, FRAILES Y SOLDADOS. EL ÚLTIMO BASTIÓN MONARQUISTA EN LA FRONTERA HISPANO-MAPUCHE, 1818-1823.

Manuel Ramírez Espíndola
(U. de Concepción, Chile)

Introducción

Precisamente en nuestros días, cuando los «bicentenarios» afloran a lo largo y ancho del continente, el interés por la historia de la Independencia parece adquirir un brillo inusitado. Y es que a las últimas novedades editoriales se han venido sumando una serie de producciones televisivas, en las que héroes y villanos nos llenan de emoción al contemplar, a través de la «pantalla chica», la dorada historia de nuestros tatarabuelos.

¿Pero cuán ciertas resultan ser todas estas historias? A decir verdad, en nuestros días es difícil poder establecer con certeza cuánto de verdad y mito se desprende de cada una de aquellas narraciones. Entre otras cosas, es necesario señalar el enorme influjo que han ejercido los historiadores del siglo XIX, a la hora de ensalzar la figura de estos protagonistas e imprimir así el sello romántico del periodo. De hecho, uno de los problemas más difíciles con los que debe lidiar el historiador actual radica, justamente, en la posibilidad de poder desentrañar uno de los mayores mitos fundacionales de nuestra historia, con todas las trabas ideológicas que dicha labor implica.

En este sentido, los estudios actuales tienden a superar muchas de estas lógicas, considerando la situación estructural del periodo,

así como un conjunto de elementos anteriormente omitidos por la historiografía. Precisamente, uno de aquellos factores ausentes dice relación con la participación del mundo rural y campesino en la construcción del Estado. Así, es necesario entender el enorme impacto que dicho proceso provocó en el corazón de estas sociedades tradicionales, cuyas condiciones y modos de vida se vieron seriamente trastornados tras la crisis que azotó a la monarquía, ya durante el sinfín de revoluciones que acompañaron su caída. A partir de lo anterior, es posible determinar la progresiva participación de estos grupos en las nuevas lógicas de poder inauguradas por las elites criollas, así como los conflictos que dicha situación generó, tanto durante las guerras de Independencia como en las décadas posteriores.

Por lo demás, la propia naturaleza del conflicto, vista bajo la óptica de una guerra civil, nos ha permitido cuestionar una serie de preconcepciones establecidas por la historiografía en torno al bando de los vencidos. De ahí que frente a la escasa bibliografía y los vacíos que en materia de fuentes documentales presentan buena parte de los trabajos dedicados a este movimiento, surge hoy la posibilidad de escudriñar su historia y su importante rol como catalizador de una sociedad duramente desplazada y cuyo accionar llegó a poner en jaque a la propia institucionalidad republicana, tal y como lo revelaron los diferentes proyectos contrarrevolucionarios presentes en España y América durante la primera mitad del siglo XIX.

Guerra, clanes y poder en la frontera

Situadas en la región conocida tradicionalmente como la Frontera, las comunidades que dieron forma a la guerra de Independencia se estructuraron a partir de una serie de relaciones de poder, gestadas en el marco de la dominación hispánica y la enconada resistencia mapuche. Esto las dotó de una cierta singularidad respecto al resto de la sociedad colonial, en la medida en la que

participaban de un desarrollo y unas necesidades distintas a las de sus pares septentrionales. De ahí que durante la segunda mitad del siglo XVIII la corona no haya pasado por alto esta situación, poniendo especial énfasis en expandir su soberanía sobre aquellos territorios, a través de la expansión de los mercados cerealeros, el disciplinamiento y la reestructuración de los dispositivos de poder al interior de las comunidades mapuches.

La nueva política de poblaciones inaugurada por los borbones trajo además un importante proceso de migración peninsular, especialmente tras la liberalización del comercio con los puertos españoles y la serie de reformas administrativas impulsadas durante este periodo. Al cabo de unas cuantas décadas, muchos de estos incipientes núcleos ya habían amasado una importante riqueza, situación que se vio potenciada tras la amortización de las temporalidades jesuitas y los resquicios comerciales derivados del sistema de parlamentos [1]. Ya hacia principios del siglo XIX, las principales fortunas del reino se hallaban emplazadas en la provincia de Concepción, lo cual nos da algunas luces sobre este pujante desarrollo económico, así como respecto a las tirantes relaciones que, ya a esa altura, enfrentaban a estas cúpulas con la elite santiaguina.

Lo cierto fue que muchas de estas tensiones no se hicieron patentes sino hasta varias décadas más tarde, cuando los propios acontecimientos internacionales precipitaron el desencadenamiento de la pugna interna. De este modo, la crisis institucional de 1808 y la aparición del movimiento juntista reforzaron los intereses de las elites locales, en la medida en la que el nuevo orden de cosas impidió una rápida reacción de las autoridades peninsulares a fin de revertir esta delicada situación. De hecho, la campaña revolucionaria iniciada en Chile por la Junta de Buenos Aires, paralelamente a las acciones emprendidas por Abascal desde el Perú,

[1] Leonardo LEÓN, «Parlamentos y afuerinos en la frontera mapuche del río Bío-Bío (Chile), 1760-1772», en *Fronteras de la historia*, nº 11 (2006), pp. 87-119.

generaron una fuerte polarización de las facciones en disputa, las que vincularon la lucha política con las viejas rivalidades regionales[2]. Se desprende así que en 1811 una junta gubernativa, fundada en Concepción, haya decidido poner coto al predominio que hasta ese momento parecía tener la elite capitalina. En adelante, la «aristocrática» sociedad santiaguina inauguraba su propia revolución bajo el mando de una de sus mejores familias —los Carrera—, mientras que la emergente elite penquista —de cuyo núcleo salieron los principales líderes patriotas— sellaría su propio destino bajo las banderas restauradoras, tras abrir paso al ejército expedicionario en 1813.

El inicio del enfrentamiento estuvo así marcado por su carácter civil y localista, del que no escaparon las comunidades fronterizas. Por lo demás, aquellas vivieron en carne propia los rigores de este conflicto, al verse situadas en una región que, a fin de cuentas, fue el gran teatro de la guerra. Se sepultaba así el próspero desarrollo alcanzado por la frontera durante las décadas anteriores, a través de una sombría estela de destrucción y decadencia que se extendió a lo largo de todo el siglo.

Los recuerdos de la primera campaña resultan elocuentes; «[...] Sin perdonar sexo, sin distinguir grado, y sin respetar condición, perseguían a los realistas con la mayor inhumanidad. Enajenaban sus propiedades, saqueaban sus casas y robaban sus haciendas»[3]. El desquiciamiento de la guerra arrasó, en menos de un lustro, con la mayor parte de los centros urbanos, tanto así que, al finalizar la década, un viajero norteamericano detenido en Concepción confesaba haber sido testigo de «[...] una escena de triste desolación, de que hasta entonces nada parecido había visto, cuando sólo unos

---

[2] Sobre el desarrollo político de estos proyectos, véase: Cristian GUERRERO, *La contrarrevolución de la Independencia de Chile*, DIBAM, Santiago, 2002.

[3] Juan RAMÓN, «Relación de la conducta observada por los padres misioneros del Colegio de Propaganda Fide, de la ciudad de Chillán desde el año 1808 hasta 1814», en *C.H.D.I.Ch.*, vol. IV, p. 39.

cuantos habitantes y no pocos clérigos y frailes habían regresado y las iglesias del pueblo estaban todas abiertas. [...] Podía transitarse a mediodía por entre las huellas de una multitud que acababa de pasar, por las calles de una milla de largo, sin divisar más que nuestra propia sombra y sin oír más ruido que el de nuestras pisadas. La escena impresionaba mucho más que si la ciudad hubiese sido abandonada por causa de la peste, como que en casi todas las direcciones la vista tropezaba con un montón de humeantes ruinas»[4].

La situación de los campos no fue diferente. Por el contrario la propia estructura agraria de las provincias del sur, caracterizada por la diversificación de la propiedad y una economía eminentemente pastoril, propició una cruda crisis productiva y alimenticia, con la consiguiente exacerbación de las ancestrales formas de resistencia campesina. La deserción, el vagabundaje y, principalmente, el bandolerismo dieron forma a una temible cara del conflicto, lo que a la larga ha impedido analizar consecuentemente estos hechos. Con todo, es necesario recalcar la responsabilidad de los propios cuadros dirigentes, cuyos mecanismos de disciplinamiento no fueron capaces de sostener por mucho tiempo el frágil orden que ambos ejércitos aseguraban resguardar.

La principal coyuntura se produjo en 1817, cuando el Ejército de los Andes inició la «liberación» de Chile de manos de los realistas, a través de una violenta campaña militar que se extendió hasta el año siguiente y que acabó en las puertas mismas de la capital. La precipitada fuga de las autoridades civiles y la fuerte resistencia que ofrecieron nuevamente las provincias del sur, explican la mayor parte de su desarrollo, junto con la consolidación de los elementos señalados. Ya al inicio de la ofensiva, el propio Director Supremo informaba a sus superiores sobre la delicada

---

[4] John COFFIN, *Diario de un joven norteamericano detenido en Chile durante el periodo revolucionario 1817-1819*, Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1968, pp. 139-140.

situación en la que se hallaba su ejército, en relación con la «[...] escandalosa deserción, cuyos individuos diseminados con armas por toda la provincia sostienen un espantoso bandalaje, irritando con sus depredaciones a los pueblos hasta el grado de haberlos convertido en enemigos nuestros» [5]. Por su parte, el comandante de las fuerzas realistas, el coronel José Ordóñez, advertía a las autoridades en Lima sobre el inminente peligro que ejercían las guerrillas patriotas en la zona del Maule, «[...] castigando al mismo tiempo los insultos que ya descaradamente cometían los mismos naturales del interior» [6].

Frente a este escenario, la guerra se dejó sentir con toda su fuerza, a raíz de la militarización del territorio y la movilización total de la población civil. Dicho proceso socavó rápidamente la institucionalidad, abriendo paso a la participación activa de los grupos subalternos —el campesinado, la baja oficialidad y los criollos pobres— quienes de esta forma fueron paulatinamente desplazando a sus viejos líderes hasta implantar sus propias lógicas en medio del desquiciamiento y la devastación patentes en aquel momento.

La Contrarrevolución Realista en 1820

La historiografía tradicional ha querido ver en la batalla de Maipú, el episodio final de la Independencia. Lo cierto fue que mientras la capital celebraba los laureles de la victoria, la provincia de Concepción se mantenía bajo un latente estado de guerra. Ya hacia mediados de 1819, las fuerzas patriotas habían logrado expulsar al enemigo al sur del Biobio, manteniendo pequeños contingentes en Concepción, Chillán y Los Ángeles, bajo las órdenes

---

[5] «Bernardo O'Higgins al Supremo Gobierno de Buenos Aires, Santiago, 9 de abril de 1817», en *A.B.O.*, vol. XVIII, pp. 57-58.

[6] «José Ordóñez al Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra, Talcahuano, 1 de junio de 1817», en *A.G.I.*, Diversos, 5A, 1817, ramo 1, 17.1.

del Intendente Ramón Freire. Por su parte, el comandante de las fuerzas realistas, Juan Francisco Sánchez, se retiraba con los últimos restos de su ejército rumbo a los fuertes de Valdivia, dejando atrás al capitán Vicente Benavides, principalmente como resguardo de aquellas posiciones. A partir de entonces, este naciente caudillo organizará una pequeña fuerza volante mediante la cual realizó una serie de campañas hasta su apresamiento y posterior ejecución en febrero de 1822.

La caída de Valdivia en el verano de 1820 fue, sin duda, un duro golpe para las ya alicaídas fuerzas realistas. A partir de entonces, estos abrirían sus propios canales de comunicación, restableciendo las comunicaciones con el virreinato, mediante el envío de algunos emisarios durante el otoño de ese mismo año. Estos últimos no regresaron sino hasta los inicios de la primavera, trayendo consigo importantes reconocimientos por parte del virrey Pezuela, entre los que se establecía un amplio margen de maniobrabilidad y autonomía, así como varios ascensos para Benavides y su hueste[7]. A partir de entonces, el carácter de la guerrilla se consolidó definitivamente, decididos esta vez a expulsar para siempre a las fuerzas patriotas que ocupaban la región.

Finalizada la temporada de lluvias, una vanguardia realista, comandada por el coronel Juan Manuel Picó, avanzó desde el Biobio hacia los pueblos del norte, venciendo consecutivamente a los patriotas en el Manzano y el Pangal (septiembre de 1820); sin duda, un preludio de lo que sería la feroz jornada de Tarpellanca, donde fueron fusilados cerca de una veintena de oficiales patriotas junto a un número indeterminado de soldados que permanecían junto a sus familias. Eliminado así el frente cordillerano, a principios de octubre Benavides se dispuso a avanzar sobre Concepción, ocupando la ciudad y sus inmediaciones, al mismo tiempo que Freire se refugiaba en Talcahuano, lugar donde permaneció sitiado hasta finales de noviembre.

---

[7] De Pezuela a Benavides. Lima, 3 de mayo de 1820, en *A.N.F.M.G.*, vol. 52, fj. 129.

Un papel determinante en el accionar desplegado por Benavides lo desempeñó la importante población civil que permanecía bajo sus órdenes. Desde mediados de 1818, alrededor de quince mil personas habían abandonado la provincia de Concepción junto al ejército de Sánchez quien, como ya dijimos, permaneció al resguardo de Los Ángeles hasta principios del año siguiente, tras lo cual decide internarse en territorio indígena. A partir de este fatigoso éxodo, nacen una serie de pequeños campamentos, esparcidos a lo largo y ancho de la Frontera, los que posteriormente pasaron a ser controlados por Benavides, quien fijó su principal asiento en las ruinas del antiguo fuerte de Arauco[8].

¿Quiénes eran los emigrados? Hacia principios de 1819, el testigo norteamericano al que ya hemos hecho referencia, señala respecto a su estadía en Los Ángeles: «[...] Casas y calles rebosaban de gente de todos colores, rangos y condiciones. Los hacendados ricos de la vecindad habían llegado allí con sus familias y con cuanto objeto de valor pudieron acarrear. Los frailes de todas las órdenes habían abandonado sus conventos, y los curas y vicarios y sus ovejas se habían reunido aquí. Las tropas salían todos los días a ejercicios, y en sus maniobras podía verse la diferencia entre los rudos esfuerzos del salvaje y la perfecta disciplina del soldado europeo»[9].

En conjunto, las características de los emigrados no son otras que las de los viejos exponentes de la sociedad fronteriza, buena parte de los cuales pertenecían a la denostada elite sureña. Ya en cuanto a su situación frente a continuos embates de la guerra, el mismo observador, asegura que: «[...] Habiéndoles cabido en suerte en el sólo espacio de un año los disturbios y alborotos que acompañan siempre a una guerra civil, ya sitiados o sitiadores,

[8] Guillermo FELIÚ CRUZ, *XVI Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos testigos y actores de la independencia de Chile*, Andrés Bello, Santiago, 1965, pp. 40-42.

[9] John COFFIN, *op. cit.*, pp. 204-205.

ya perseguidos o persiguiendo, ya entusiasmados con las noticias del triunfo, ya abatidos con los relatos de la derrota. En el interior del hogar, los trastornos políticos han influido poco en la rutina ordinaria de la vida y en los usos y costumbres de las gentes» [10].

Con todo, no existía ningún tipo de dependencia de aquellas poblaciones respecto al recién inaugurado sistema republicano. Antes bien, el mantenimiento de las formas tradicionales, dio paso a una situación completamente ajena y que respondía precisamente a la lógica localista presente en las décadas anteriores. Esta situación potenció enormemente el papel de estas comunidades, cuya resistencia al nuevo orden establecido les permitió mantenerse en pie durante varios años, solventando de esta manera las serias dificultades que a esa altura experimentaba el virreinato.

En este sentido, vale la pena destacar el enorme esfuerzo llevado a cabo por estas comunidades, pese a la ruina que experimentaba la región desde 1817, cuando los patriotas hicieron hasta lo imposible por bloquear la posición del enemigo, a través de éxodos forzosos de población civil y la confiscación completa de ganados, granos y otros productos de primera necesidad [11]. Hacia finales de 1818 la situación material de los realistas parecía casi insostenible. Se calcula que sólo en el pueblo de Los Ángeles permanecían más de diez mil personas, la mayor parte de las cuales se hallaban en un triste estado de mendicidad y hacinamiento [12]. Un número no inferior optó por remontar los bosques y faldeos cordilleranos, desplazándose sigilosamente a través de los diferentes puestos fronterizos ubicados al sur del Biobio. De esta manera, al iniciarse la campaña de 1919 la movilización fue total. Un tercio de los emigrados se internó en territorio pehuenche (campamen-

[10] *Ibid.*, pp. 119-120.

[11] De San Martín a O'Higgins. Santiago, 11 de diciembre de 1817, en *A.B.O.*, tomo VIII, p. 179.

[12] Guillermo FELIÚ CRUZ, *op. cit.*, p. 195.

tos de Trilaleo, Polcura, Santa Bárbara y Quilapalo)[13], mientras que el resto fue obligado a trasladarse a Arauco, desde donde fueron reubicados por Benavides a lo largo de la costa.

La principal funcionalidad de estas comunidades fue la de productores y abastecedores, permitiendo así el mantenimiento y desarrollo de la guerrilla. Fueron, así mismo, una importante base de recursos humanos, aunque muchos de sus miembros poseían escasos o nulos conocimientos militares, lo que a la larga impidió la añorada victoria final sobre los patriotas. Hoy podemos afirmar que, en suma, se estaba frente a una situación verdaderamente contradictoria, a través de un enfrentamiento entre un ejército regular, con carácter de invasor, y una fuerza irregular de extracción netamente local y campesina. Los caracteres de la guerra civil adquirieron aquí toda su amplitud, a través de una lucha que, en sí misma, revestía todas las odiosidades amasadas durante casi una década de interminable violencia. Una guerra entre clanes familiares; entre una oligarquía centralista, que encarnaba los intereses de una renovación institucional, y los restos de la vieja sociedad monárquica que luchaba por el mantenimiento de su estatus en medio de la propia trasgresión de sus escalafones inferiores. De ahí que la ocupación de Concepción, en octubre de 1820, adquirió un sello completamente distinto a las campañas anteriores, al hallarse dirigida por los cuadros subalternos, quienes de este modo lograron desplazar a la vieja elite mercantil que había liderado la contrarrevolución desde 1813.

Por cierto, el breve triunfo de sus fuerzas tuvo, para el grueso de estas poblaciones, un hondo significado, puesto que venía a colmar las esperanzas de una victoria en una sociedad marcada por el estigma de la derrota. Sin duda, era una posibilidad de recuperar y rehacer sus desdeñados hogares; una forma de restablecer sus vidas bajo un sistema que consideraban justo y al que estaban dispuestos a defender a toda costa.

---

[13] *Ibíd.*, pp. 107-108.

Entre el triunfo y la derrota

La reconquista de Concepción implicó la aplicación de una serie de medidas políticas, sociales y financieras tendientes a devolver el orden y la paz pública a sus habitantes. Enmarcado dentro de estas iniciativas, Benavides ordenó el lento retorno de los emigrados a la ciudad, estableciendo para ello un gobierno civil y eclesiástico de carácter provisorio. En gran medida, van a ser las propias dotes administrativas manifestadas por el caudillo en 1819 las que se hicieron aquí presentes, esta vez bajo la égida del triunfo.

El interés de Benavides radicaba en sacar el máximo de provecho a su posición, más que desde un punto de vista militar, bajo un prisma netamente económico. De ahí que una de sus principales obras fuera el establecimiento de una Junta de Secuestros; institución ya conocida en el país desde fines de la Patria Vieja, y que vino a proporcionarle importantes recursos. Del mismo modo, ordenó la confiscación de la totalidad del hierro y plomo existente en la ciudad, destinado a las necesidades de su ejército[14]. La creación de un sistema de estanco a los licores y artículos de primera necesidad, fue otra de las tantas medidas impulsadas por el caudillo en este mismo sentido, todo lo cual confirma las quiméricas esperanzas que este guardaba de su fuerza; «[...] Son tantos y tan grandes los deseos con que me hallo de exterminar a los rebeldes y obstinados insurgentes, que profanan este hermoso reino, que no cesa mi corazón un momento de tentar cuantos medios considero aparentes para su destrucción. Todo desvelo y sacrificio me sirve de la mayor satisfacción, cuando se dirige a tan sagrado objeto; así es que desde el 6 de febrero del año pasado de 1819, en que tomé el mando de esta provincia con una pequeña división que se me dejó al tiempo de la retirada del ejército para la plaza de Valdivia,

[14] Diego BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, tomo XIII, Hover, Santiago, 1884, p. 25.

no he dejado un solo instante de idear proyectos y formar planes, aun en medio del abatimiento en que me hallaba con sólo sesenta hombres, los más inútiles y al frente de un poderoso ejército prepotente, vencedor y orgulloso» [15].

En medio de estos planes, la contraofensiva patriota de noviembre de 1820 vino a lanzar todo por la borda, eliminando al grueso de su ejército e impidiéndole volver a concebir el poder adquirido hasta ese entonces. Esta derrota demostró la imposibilidad táctica y militar de la guerrilla por reconquistar el poder. Muchas variables influyeron en esta situación: el aislamiento, la falta de recursos y pertrechos militares necesarios para hacer frente a una verdadera campaña militar; por último, la pésima instrucción de sus tropas y la carencia absoluta de un cuerpo de oficialidad profesional, el cual podría haber reforzado aquella estructura haciéndola invencible frente a las escasas y desmoralizadas fuerzas de la patria. A este respecto, el propio caudillo manifestó la «[...] notable la falta que me han hecho [los oficiales] para colocarlos en estos cuerpos, en los que al mismo tiempo que estoy creando las tropas, tengo que ir instruyendo oficiales, y ya sabe V.E. no es tan fácil la instrucción de un oficial como la de un soldado; aunque los existentes se han adelantado bastante en la disciplina militar, y adquirido unos regulares conocimientos» [16].

Por lo demás, no terminaron allí los proyectos del caudillo. A un mes de la derrota, no trepidaba en amenazar a Freire con una nueva invasión, a menos que aceptara un armisticio mediante el cual esperaba retardar cualquier ataque, en vísperas de los abundantes refuerzos que habían de llegar provenientes el Perú [17]. Y es que, una semana antes de la pérdida de Concepción, Benavides

---

[15] *A.N.A.M.G.*, vol. 101, fj. 62.

[16] *A.N.F.M.G.*, vol. 101, fj. 60.

[17] La versión completa del armisticio entre Benavides y Freire en: Benjamín VICUÑA MACKENNA, *La Guerra a Muerte*, Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1972, pp. 831-836.

había enviado un paquete de comunicaciones a Lima, a bordo de la ballenera inglesa *San Juan de Londres*, en la que formulaba su profunda intención de reconquistar Chile.

A miles de kilómetros de allí, la *San Juan de Londres* llegaba a puerto. Sin embargo, las noticias que traía para las autoridades limeñas y la población chilena allí asilada habían ido a parar a Londres, fruto del temor y la desconfianza que el trato de Benavides había causado en los marinos ingleses. La historia generó algunos rumores en la capital británica, los cuales hablaban de los importantes avances conseguidos por España en el sur de Chile. La noticia causó tal revuelo que finalmente fue publicada en el periódico local *The Morning Chronicle*, para la sorpresa del agente chileno en Londres, Antonio Irrizarri, quien desconocía por completo la situación. Su rápida gestión impidió que la noticia se expandiera, encargándose personalmente de comprar y enviar dicha documentación a Chile, antes de que recayera en manos del gobierno peninsular.

El propio Irrizarri comentó la delicada situación con O'Higgins, comprendiendo la real magnitud del hecho: «[...] Se manifiesta que S.M.C. *[su majestad católica]* puede contar todavía con servidores en aquellos países que parecían más contrarios a la dominación española. Las esperanzas de que están llenos los oficios y cartas de Benavides; la ponderación que éste hace de la lealtad al Rey, que tienen todos los habitantes de la Provincia de Concepción; los partes de las acciones que encomian ellos mismos hasta las nubes, el desprecio con que hablan de nuestras fuerzas, y la seguridad con que ofrecen trastornar el actual orden de cosas con muy pocos auxilios que les envíe el Virrey de Lima, son cosas todas que debían lisonjear demasiado a la corte de Madrid, aun cuando Benavides tuviese el fin desgraciado, que espero tendrá. Sólo la idea, que dan estos documentos, de que otro hombre puede hacer con más medios de los que ha tenido este miserable, otro tanto como él, sería capaz de dar nuevo aliento a nuestros enemigos para resistir el reconocimiento de nuestra independencia, mayormente

cuando se ve que el ejército de Benavides, por nuestra desgracia, es compuesto enteramente de chilenos, que sirven al Rey de España mal armados, sin pré [sic] y sin vestuario» [18].

Epílogo

Las impresiones de Irrizarri destacan por el hecho de reconocer la importancia simbólica de la resistencia realista en el sur de Chile. Un hecho que, a su juicio, podría causar más estragos que un ejército de línea, puesto que, en palabras sencillas, daba en lo más profundo del problema: la legitimidad del nuevo régimen.

Si bien los realistas prosiguieron su lucha por varios años más, es importante destacar la significación de esta campaña para el desarrollo posterior de los acontecimientos. Después de 1820 ni la sofisticación de los sistemas de comercio, ni la obtención de importante material de guerra, fueron suficientes para proporcionar el deseado triunfo a los realistas chilenos. La necesidad era de fondo: apoyo externo.

Los embates de una guerra a escala continental condenaron a los últimos reductos realistas a una muerte lenta y silenciosa, en medio de la más extraña complicidad de aquellos que enarbolaron los intereses particulares por sobre los valores tradicionales. De ahí que, en todos estos casos, la problemática de la guerra no estuvo determinada por la victoria militar sino, más bien, por las posibilidades que dicho sistema ofrecía a estos sectores. Y es que, si en verdad creemos que aquel dilatado conflicto culminó con la conquista de Chiloé, debemos preguntarnos qué sucedía con las poblaciones existentes entre el Toltén y el Biobio. Muchas de estas interrogantes han de buscarse en el posterior desarrollo del bandolerismo y la criminalidad rural, de larga data a lo largo de los siglos

---

[18] Oficio nº 94 del embajador chileno en Londres, Antonio Irrizarri, al Ministro de RR.EE. Londres, 7 de abril de 1821, en *A.B.O.*, tomo III, pp. 220-221.

XIX y XX, y que aún perdura en los pueblos y rincones del centro sur chileno.

Abreviaturas

A.B.O.: *Archivo Nacional, Archivo de don Bernardo O'Higgins.*
A.G.I.: *Archivo General de Indias, Sevilla.*
A.N.F.M.G.: *Archivo Nacional, Fondo Ministerio de Guerra.*
C.H.D.I.Ch.: *Archivo Nacional, Colección de historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile.*